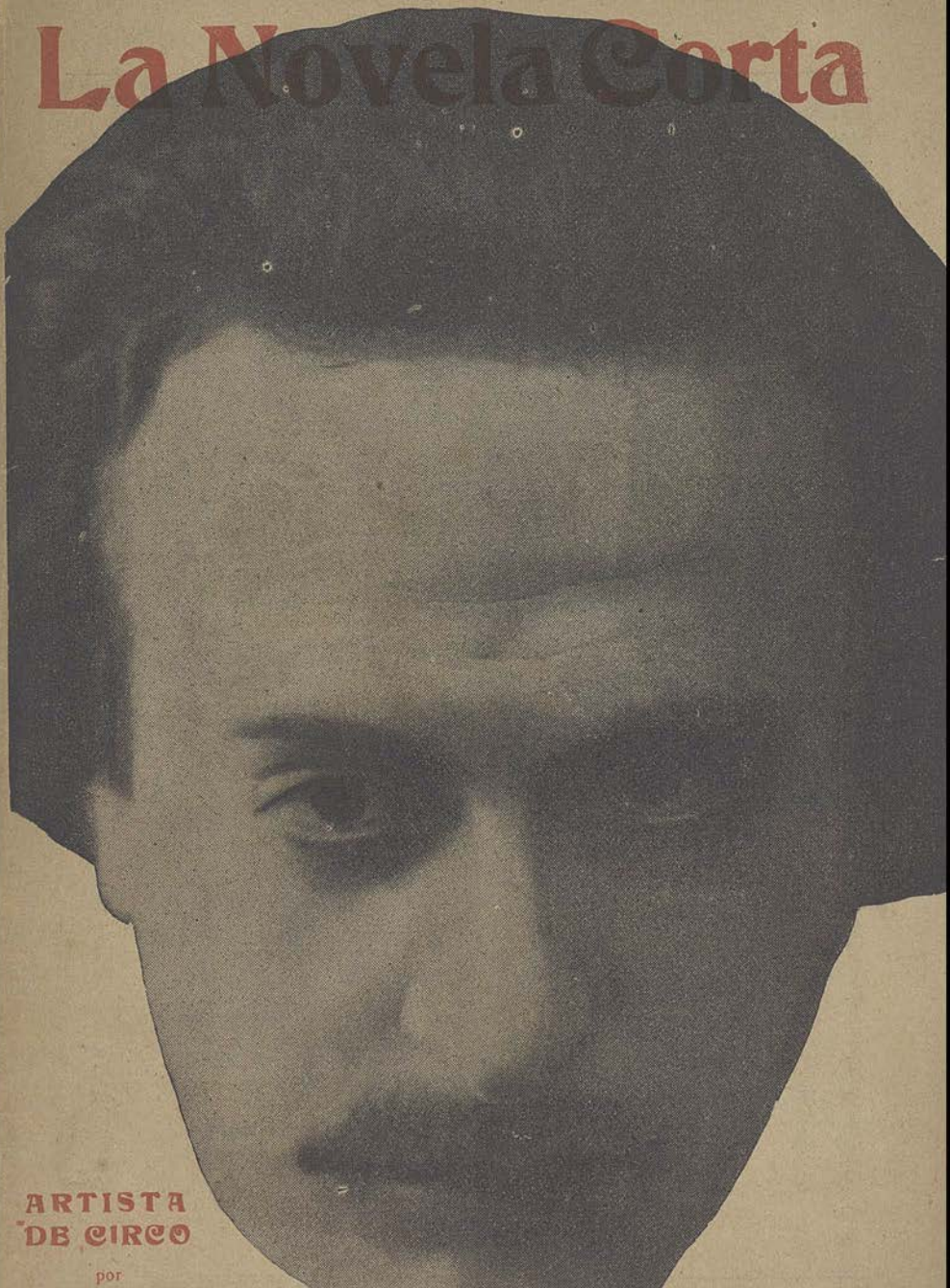
La Novela Corta



ARTISTA DE CIRCO

por

EUGENIO NOEL

10 cts.

NÚM. EXTRAORDINARIO

Año III. Madrid, 7 de Septiembre de 1918. Núm. 140.

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquia

HOMENAJE A LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX.

La Novela Corta, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, **para completar su apostolado de divulgación literaria** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas.

NOVELA ROMÁNTICA

* **LARRA.**-El Doncel.
ESPRONCEDA.-Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.-El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.-Doña Isabel de Solis.
ENRIQUE GIL.-El señor de Bembibre.
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.-La maldición de Dios.
ORTEGA Y FRIAS.-Abelardo y Eloisa.
HARTZENBUSCH.—La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.-Eldonativo del diablo.
PASTOR DIAZ.-De Villahermosa a la China
AIGUALS DE IZCO.-La Marquesa de Bellaflor.
NAVARRETE.-Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCRICH.-El cura de aldea.
PILAR SINUES.-La rama de sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.-Las ruinas de mi convento.
CÁNOVAS.-La campana de Huesca
VICCETO.-Los hidalgos de Monforte.
B. LÁGUER.-La espada del muerto.
NAVARRO VILLOSLADA.-Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.-AveMaría Stella
CASTELAR.-La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

* **FERNÁN CABALLERO.**-La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.-La protección de un sastre.
* **EL SOLITARIO.**-Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.—Escenas matritenses.
PEREDA.-Antología.
VALERA.-Antología.
CLARIN.—Antología.
SELGAS.-Nena.
* **ALARCÓN.**-El amigo de la Muerte.
* **ARTURO REYES.**-Cartucherita.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa

POETAS

ZORRILLA.-Recuerdos de tiempo viejo.
* **TRUEBA.**-Cuentos campesinos.
* **BECQUER.**-El caudillo de las manos rojas
CAROLINA CORONADO.-Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.-Pío Cid
* **SILVERIO LANZA.**—Medicina rústica.
TABOADA.-Una novela.
EUSEBIO BLASCO.-Una novela.
* **ALEJANDRO SAWA.**-Noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por

La Condesa de Pardo Bazán, Rodriguez Marin, Azorín, Manuel Bueno y Cristobal de Castro.

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

(*) Las obras señaladas con asteriscos ya han sido publicadas.

ARTISTA DE CIRCO

NOVELA INÉDITA

POR

EUGENIO NOEL

«Eu tovt ce qui ne tieut pas au sexe la femme est homme.»

ROUSSEAU-EMILE.

***

Era imposible trabajar con aquel ruido ensordecedor que venía de la feria tarde y noche. Mis estudios acerca del renacimiento musical húngaro se paralizaron lamentablemente y, unos encima de otros, Koessler, Milsalovich, Arpád Szendy, Leo Wziner y Dolsnányi, esperaban en vano ocupar el atril. Y allí, abierta, amenazadora, encima de la grandiosa polonesa de Lisst, en mi mayor, la carta del editor catalán me comunicaba por San Jorge, la Lliga y la Mare de Deu que hiciera honor a los adelantos recibidos y a mi promesa de enviarle las transcripciones y demás. En cuanto me ponía al piano, los órganos diabólicos de los caballitos y del cinematógrafo desconcertaban mi espíritu con sus horribles trompeteos y arpegios de flautas y tremolos de clarinetes, cornetines, tambores y escapes de vapor convertido en música por obra de unos condenados tubos de metal. Inmediatamente les seguían las voces de los niños, el griterío absurdo de la muchedumbre, los pregones de los vendedores, el estrépito de enormes artefactos cuyas ruedas parecían morder los rieles en vez de deslizarse por ellos y burlones e implacables, se reían del editor catalán y de mi desesperación, filtrándose por los cristales de los balcones, por los cortinajes, por las paredes y alterando mis delicados nervios de compositor joven con destrozos horrendos en los oidos desde la raiz del hélix a las bases del estribo en la ventana oval. El corazón, el bolsillo y las orejas sufrían al mismo tiempo y excitado por el barullo odioso, me daban ganas de abrir el balcón y apostrofar a la muchedumbre grotesca y grosera que vive de la feria o se divierte de modo tan estúpido y embrutecedor. ¡Pero esas gentes, gritaba enfurecido yo, no tendrán orejas y tímpanos en ellas y cavidades mastoideas!... ¡Tendrán atrofiado el órgano de Corti!... Nada; imposible. Tontería pretender trabajar. En mi confusión y desfallecimiento recordaba, sin darme cuenta, motivos bohemios, la sexta de Liszt, la preciosa rapsodia gitana que entonces caricaturizaba para vengarme sin duda alguna. Jamás olvidaré—¡oh, todo lo de aquellos dias lo tengo bien presente!—que me sorprendí tocando el *allegro commodo* de Kodály, humorístico trozo grotesco de aquellos diez trozos suyos para piano modernísimos y difíciles. Un oso que danzaba en un grupo de papanatas me trajo a la memoria la magnífica «*Danza del oso*», de Bartok, el poema delicioso de las bestias sucias que dan de comer a los zíngaros, con su argolla en las narices y sus gestos torpes. Desvanecida mi alma en la alegría e inconsciencia popular, parodiaba yo en el piano los cantos y ruidos que hasta mí llegaban atropellándose y desconcertándose. Cuanto en mí había de orgullo y de artista se sacrificaba indignamente a la

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales bajo al exclusiva responsabilidad de sus autores.

voluntad del pueblo, del Ayuntamiento mismo que había dado licencia a tanto vago y trashumante para situarse allí, delante de mi casa, bajo los balcones. Y a tal punto llegó mi desidia y fastidio que, como surgieran de pronto los rugidos de un león, cliente de alguna caseta de aquellas, me puse a traducirlos en el piano con un empeño ridículo no dejándolo de la mano hasta recordar el «*Despertar del leon*» de Kontsky, y sacar del armario la *Creacion* de Haydn, y buscar como un imbécil, en las páginas del sublime oratorio, el relincho del caballo, el silbido de las serpientes, el croar de las ranas y el rugido del rey de las selvas.

Los amigos acabaron la obra demoledera. Subieron con estrépito bohemio a mi estudio y a la fuerza hube de salir con ellos. Querían enseñarme las maravillas de la feria. ¿Qué artista digno de tal nombre no gustaba del espectáculo de una feria? Y se admiraban de que yo, músico de tantas pretensiones y melenas, odiara la feria y sus ruidos que tantas bellas cosas ha inspirado.

—Te vamos a presentar a los Silvios, una *troupe* admirable, me decían.

—Yo no quiero saber nada. ¿Para qué conocer a los Silvios? Pero los amigos se indignaron. Era, según ellos, inaudito despreciar a Silvia Gemma. Para que me pareciera ridícula su madre, una señora que se hacía llamar nada menos que Carlota Augusta Sand de Montpellier; pero, francamente, Silvia Gemma era una criatura preciosa de un cuerpo fascinador. Ignacio Lorca, muy buen pintor y que conocía bastante bien mi alma, no encontrando ya palabras para explicarme la belleza y seducción de Silva Gemma la dibujó en un trozo de papel. Lo miré distraidamente y me lo guardé afirmándoles que todas esas muchachas de circo estaban ya gastadas.

—No, no, Hipólito—dijo Lorca—, Silvia es una virgen ideal, una aparición encantadora.

—Cuando la veas te convencerás, Hipólito.

—¿De qué?—le pregunté yo—. Los circos están agotados, exprimidos. No hay un solo escritor que no haya tratado ese asunto. ¡Oh, las virgencitas encantadoras de los Circos!... Y que no han consumido cuartillas y notas esas angelicales criaturas.

Mi ironía les enfureció. Ernesto apesadumbrado, exclamó con cierta melancolía:

—Lo menos creerás tú que Silvia Gemma es uno de esos fantoches de cinematógrafo de los que se enamora un Duque viéndolos trabajar en un trapecio a veinte metros de altura. Silvia Gemma tiene un alma enorme.

—Silvia será como todas ellas, un personaje de Cátulo Mendes o Leoncavallo o los Goncourt, en la pista. Pero en la realidad...

***

Arrimado a un arbol cierto sujeto de cara desvergonzada, voceaba incansable en medio de un grupo. Tenía a su lado un maniquí vestido con túnica de percalina verde, toca mongil negra, lacios cabellos y cierta diadema de latón que sujetaba a la cabeza una especie de claf o kufiels egipcio o de femenino kokotclspik ruso. Nos acercamos atraidos por la retahila de su discurso. En aquel instante decía a un público atónito e intrigado que le escuchaba sonriente pero sin pestañear.

—«He aquí, señores, la momia egipcia, licia y biricia, quiromántica y sacerdotisa a la que han consultado los más grandes sabios de los dos hemisferios del mapa terráqueo, entre ellos Flammarión y el señor don Ramón y Cajal, gloria como sabeis todos, de los microbios españoles. No hay cosa alguna que esta bruja no sepa y así lo ha atestiguado antes de morirse el señor Echegaray y el filósofo chino Chin chón el que descubrió la mojama. Todos los que gustéis conocer lo que ha de sucederos en el presente y el pasado y el porvenir no teneis si no preguntárselo a esta bruja coruja y ella echará por la boca el papiro escrito con letra infernal y mal oliente...

Le dí diez céntimos y sin dejar de hablar con una velocidad increíble, serio, extraordinariamente serio, metió en la boca del maniquí un papel.

—En este momento histórico—continuó diciendo—, la momia momificada hija del sultán Galapagar y de la negra Birloche la que veía lo mismo de día que de noche, está escribiendo sin tinta ni pluma ni mano alguna la contestación que merece este señor. Es un fenómeno único que volvió loco al famoso y geométrico sabio de Pallecas don Antolín Peláez cuando apostó un jamón a que lo descubriría...

La risa nos retozaba por el cuerpo. La famosa momia escupió el papel ya escrito e impregnado de un zumo repugnante que hedía. El contenido era una bobada cualquiera y no hubo en el grupo quien no tuviese interés grande en saber qué decían y cómo habían sido escritas aquellas letras amarillentas y sucias, ácido sulfídrico atacado por una sal que forma el sulfuro de plomo.

—Esta es la feria—dije a mis amigos—. Vuestra Silvia, como ese maniquí, como ese célebre charlatán, como todo, no tiene el menor interés. Ganarse la vida por cualquier procedimiento: he ahí el misterio de tales almas.

—Bien; veremos lo que piensas cuando la veas—contestaron.

Entramos en todas las casetas de la feria, nos detuvimos ante cada uno de los puestos, comimos de cuantas chucherías se expenden en tales recintos. Poco a poco olvidé mis papeles de música, la carta amenazadora del editor catalán, mis propios pensamientos. Como niños montábamos en los caballitos del tío vivo, y oída de cerca y girando en torno de ella, aquella maldita orquesta tenía su encanto. Los niños gritaban de placer subiendo y bajando en sus cerdos, en sus caballos, en sus trineos. Y, haciéndose como ellos, no era del todo fea la buena señora de rollizos muslos que dirigía con la batuta el órgano, ni estaban mal pintados en los bastidores los mofletudos angelotes, los inverosímiles pájaros, las flores incatalogables. Después subimos en los columpios, en las ruedas giratorias, en las plataformas que imitan un viaje sobre las olas. En los puestos del pim pam pum rompimos docenas de cacharros y humillamos a pelotazos la altivez grotesca de monigotes vestidos con uniformes pomposos. Nos hicimos echar las cartas en el tenderete de Aicha y una bella mujer en el otoño de una vida que no conoció nunca la primavera, me prometió, interpretando las rayas de las manos, días de gloria, de amor y de pesadumbre.

—Serás amado—me dijo—. ¿Tienes un cigarro? ¿No? Lo siento. En el futuro leo para tí unas horas rojas. Algo miserable y negro te acecha. Dame una peseta, niño mío y te diré lo que es ese algo miserable y negro... ¿Qué te importa a tí una peseta?

Estuvimos en la tienda mágica de «Dalila o el sueño aéreo», en el «Domyss Bosco»; en la guarida de la mujer-tigre y en la casita de la mujer-pájaro, viendo las «cascadas maravillosas» y la «cabeza parlante». En su departamento charlamos con la giganta aragonesa y con el enano don Paquito que nos recibió muy amable vestido de torero francés y nos brindó en inglés la muerte de un toro de cartón fabricado en Alemania. La señora que «todo lo hace con los pies» nos dió un mal rato y otro peor el «Messie Andana con el Chan o suplicio chino». Vimos espantosas figuras de cera y en la puerta de un barracón el maravilloso espectáculo de un atleta gigantesco que con dos brazos como troncos de roble tocaba sin embargo el tambor con delicadeza femenina. Nos retratamos en la fotografía «en un segundo» y por escasas monedas recibimos nuestra efigie un momento antes de ponernos frente al objetivo de la máquina, lo que verdaderamente nos dejó asombrados.

—Pero, ¿cómo es posible esto?—le preguntamos

El nos contestó muy serio y con grave reserva.

—Es un secreto de Tamberlan, descubierto por un corredor de comercio en Almagro.

¡Oh, no es posible reirse con estas cosas que dan de comer a tales hombres Las dicen tan en serio que hielan en los labios toda sonrisa. Los carteles

enormes chorreando colores rabiosos, los organillos y orquestas, las voces de los que invitan a entrar en las casetas y palacios encantados, los ruidos del bullicio popular y de los mecanismos que mienten sensaciones fuera de lo ordinario, todo eso es algo mas serio de lo que parece. Se disfruta escuchándolo, viéndolo; pero, después, no sé que amargas revelaciones traen al espíritu y el alma sufre. El niño lo encuentra maravilloso; el hombre, tambien.

Antes de entrar en el circo visitamos la «mujer barbuda». El hombre que vocea en la puerta afirma a los espectadores morosos que «no deben vacilar».

—Pasad, señores, aulla, pasad y vereis una mujer que siendo mujer, como puede comprobarse a la sola vista, no es mujer y sin embargo tampoco es hombre. Caprichos de la Naturaleza, señores. Los médicos más ilustres han perdido el juicio examinando al mónstruo que tengo el honor de invitaros a ver. Pasad en nombre de la ilustración.

Lejos está el buen hombre de saber que pocas cosas se han estudiado tan bien como el fenómeno de las mujeres barbudas; pero lo encantador es que nos invita a entrar, a perder el juicio en nombre de la ilustración. Y entramos.

***

Es el circo una inmensa tienda de campaña, ingeniosamente colgada de un simple bastidor cuyos mástiles no molestan a los espectadores. La graderia rebosa de gente y las sillas están ocupadas en su mayor parte. En todas las localidades, muchos niños con los ojos fijos en el espacio abierto por donde asoman entre los servidores de la pista las empolvadas carátulas de los clowns Detrás de nuestras sillas esperan su turno algunas jovencitas monísimas, artistas del circo que no dudan en enseñar sus pantorrillas aunque no se han quitado el traje de calle. ¿Y por qué cubrirse las hermosas pantorrillas cuando poco después enseñarán desnudo todo su cuerpo? Yo no conocía estos circo ambulantes y la indiferencia de estas jóvenes por su cuerpo me hace daño Ellas rien, juegan, algunas saborean lentamente los dulces mientras miran al público con sus ojos de infinita y cándida ternura. Parece que no le miran sino que le acarician. Viven de él. Los dulces se disuelven lentamente en sus labios.

—¿Es alguna de ellas Silvia?—pregunto a mis amigos

—No. Si estuviera aquí Silvia habría mas luz en el circo—dice el pintor Ignacio.

Allí, en mi estudio, el piano me espera. ¡Cuántas ilusiones atesora el corazón! Desde muy niño tengo sed de gloria y ese piano ha sido mi confidente. Los que han oido mis composiciones se entusiasman de su técnica, de su valentía. Se me asegura un triunfo próximo. Pero yo solo sé que me falta algo. ¿Una mujer? Tal vez. Pero una mujer, una verdadera mujer. Mi temperamento enérgico quiere amar de veras a una mujer de veras. Mis amigos se rien cuando les digo que en el trabajo de la noche las manos se inmovilizan sobre el teclado o las pautas y la cabeza cae sobre el pecho mientras la imaginación vuela buscando el alma ideal y fuerte que dé a mi inspiración y a mi labor el relieve carnoso y sangriento de la vida.

La orquesta del circo es famosa. Se compone de cinco instrumentos de viento... huracanado. No se oye nota o acorde alguno, mas el ruído es formidable! La lona de la tienda tiembla y hay un extremecimiento en el espacio ahora lleno de luz porque lo han iluminado espléndidamente y porque ha entrado en el circo Silvia.

Ignacio ha esperado que se sentara para decirme.

—Mira y cree, Hipólito. Esa muchacha parece formada con luz.

He mirado y he creído. Silvia Gemma es una joven muy bella. Sus ojos son negros, muy negros, de mirada húmeda y sensual. Su cara es un conjunto de las más deliciosas líneas. Tiene en las facciones la expresión del encanto más puro. Es una sorpresa porque los hombres no esperamos encontrar en la realidad esas mujeres a las que nos han acostumbrado las artistas de todos los

tiempos. La miró tanto, que se molesta, se inquieta y su turbación es grande. Se turbe o no, yo no puedo dejar de mirarla. Es una jovencita, ya mujer, que no ha querido dejar de ser niña y su pureza es tal que llega a mi pecho incendiándole en deseo. Viste bellamente, con sencillez, con pobreza. Esta pobreza de la que ciertamente yo no tengo la culpa, me conmueve y me irrita. ¿Por qué han de ser falsas esas dos perlas enormes que cuelgan de sus orejas? ¿Por qué esos vestidos negros han de ser de tela pobre?

—¿Te gusta, Hipólito?

—Encantadora, Ignacio. No acierto a separar mis ojos de ella.

—La señora que está a su lado es su madre; dicen que ha sido una *ecuyère* célebre.

—Aún es bella esa mujer. ¡Qué hermosa debe haber sido!

Los amigos gastan bromas a costa mía y se burlan de mi asombro en voz alta.

—¿No decías que estas muchachas de circo estaban muy gastadas?

En unos instantes paso por las mayores violencias. Quisiera que esa divina criatura no hubiera amado jamás. No debe amar, me digo a sí mismo. En esos ojos no hay la más pequeña nube de melancolía, no hay inquietud sentimental en esas líneas tan bellas del rostro. Pero ¿es posible que nadie se haya fijado en ella? No, no es posible. Los hombres, inteligentes o necios, no desperdician las ocasiones. Tal vez sea querida de algún ricacho. Y al pensar en esto sangraba mi corazón. Si al menos ella supiera que me han premiado una *Suite*, quizá me mirase. Soy pobre y ella no parece rica. En estos circos ambulantes la deben pagar muy mal su trabajo. ¿Su trabajo? ¡Qué pena verse obligada a trabajar siendo tan hermosa!...

—Sale poco menos que desnuda; ya verás qué cuerpo, Hipólito.

Sin razón alguna temblé al oirle hablar así. No debía trabajar desnuda, no lo debíamos permitir. ¿Quién tenía derecho a verla desnuda? Por unas monedas insignificantes todos habíamos adquirido el derecho a desnudarla y gozarnos en sus formas: esto era inicuo. Mi corazón se sublevó ante esta idea, generoso y ardiente. Hubiera querido irme y decirla al marcharme: me voy, señorita, porque yo no merezco ver desnudo ese cuerpo. Pero irme era no verla a ella. Y ella, ¿por qué se arriesgaba a salir así a la pista? ¿Por qué era tan audaz, siendo los hombres tan malos?

En mi corazón luchaban los más hermosos sentimientos. Ella con su belleza los había inspirado. Había bastado que sus ojos miraran los míos para que la carne callara avergonzada. No miento si digo que sólo al pensamiento de ver desnudo aquel cuerpo, sentía ahogos y opresiones en el pecho. ¿Era aquello amor? Indudablemente. No hay por qué caer en la estupidez de razonar los sentimientos puros. Mi alma estaba preparada al advenimiento de un fuerte deseo. Silvia Gemma era mucho más de lo que yo había soñado en las noches de angustia cuando una técnica dominada y rendida al esfuerzo del alma, pide al corazón sangre que la vivifique.

Y, mirándola, aturdido e importuno hasta la necedad, no quería perderla. Mis amigos estaban entusiasmados de su victoria. Cuando era invitado a las casas acomodadas, las muñecas huían de mí, me encontraban salvaje, huraño, orgulloso. Les decían: vuestro amigo está sin civilizar. Ahora, me veían rendido ante una joven.

***

La troupe Silvios tuvo como todas las noches un éxito enorme, gracias al trabajo de Silvia Gemma. Mi butaca estaba precisamente en el pasillo de salida de los artistas y pasó cerca de mí, enteramente desnuda, peor que desnuda. Quise cerrar los ojos para no verla pero no me fué posible: pudo en mí más el deseo que el esfuerzo. Una malla de color morado cubría las formas abundantes de modelado admirable. Las mallas eran también pobres, frecuentemente, sus manos cuidaban de que el calzón corto y abullonado que ceñía la

parte superior de los muslos no se encogiera demasiado y enseñara algún descosido o un zurcido vergonzoso. Todos los ojos la miraban y ella parecía sentirse bien así. No había en su cuerpo un espacio que negara a la mirada de todos. Su enorme escote ofrendaba por detrás las líneas bellísimas de los hombros, el delicioso rosa de sus espaldas; por delante, los senos duros, grandes, de resplandeciente y fiera feminidad. El cabello formaba en la nuca enorme trenza gruesa. Los brazos perfectos, carnosos, mostrábanse desnudos, inquietos, palpitantes, como los músculos de los muslos. Las manos atrás sobre la esbelta grupa, a la costumbre de la gente del circo, gentil, nerviosa, viva, sonriendo a todos era una estatua de carne y de sangre ideales. Su juventud, como un aroma perfumaba el ámbito del circo humilde. No podía estarse quieta, como los niños desnudos. Sentía la necesidad de moverse constantemente. Su pureza inspiraba respeto a todos. No era yo solo quien lo veía; mis amigos lo decían también. Para que ese cuerpo tan bello y abundante no excitara la sensualidad de nadie, ¿qué pureza no era necesaria? En sus movimientos la gracia de una flor de juventud recién abierta quitaba toda brusquedad, borraba la dura impresión de unos músculos demasiado fuertes bajo la suave pulpa de la piel.

Un hombronazo, el jefe de la troupe, llamó a Gemma, y cuando el junco indio se balanceaba siniestramente a enorme altura, la divina muchacha dió un ligero grito, saludó gentilísima y de un brinco saltó a los hombros del forzudo adefesio y desde los hombros, donde se apoyaba el mástil de la muerte, trepó sin miedo, sin cuidado, con la inconsciencia suicida de un niño, sin preocuparse para nada del tremendo efecto que producía. ¡Oh, aquel cuerpo tan bello retorciéndose en torno de la blanca vara mortal sostenida en el hombro del atleta por el difícil equilibrio del cuerpo mismo de Silvia Gemma!.. Y arriba, siempre hacia arriba, aunque el palo se cimbreaba de un modo horrible como si fuera a saltar lejos de la pista arrastrando a la muchacha audaz.

El palo era cada vez más delgado y allá en la punta se movía un pequeño lazo de cuerda. Silvia Gemma parecía trepar hacia él. ¿Qué nueva e inaudita sorpresa nos daría? La luz de los arcos voltaicos envolvía el cuerpo de Silvia en una aureola de fuego y sus formas espléndidas, encogidas en curvas y ángulos de esfuerzo supremo, tenían colores deliciosos. Cuando echaba atrás su cabeza, la luz revelaba el encanto poderoso de su pecho desnudo, la sombra que separaba sus senos, aquellos dos senos que se escapaban del pobre jubón estrecho y malo como si les ofendiera su miseria.

Los espectadores gritaban de vez en cuando, asustados de tamaña audacia. Silvia no se contentaba con subir por aquella cucaña fija en los hombros del artista sólo por su propio equilibrio, por el que ella establecía, sinó que rompía ese equilibrio cuando menos se esperaba y entonces creíamos todos verla venir al suelo.

Con frecuencia volvía la vista a la madre de Silvia; en mi romanticismo, en mi amor extraño a la criatura excelsa, creía que su madre no podría mirar aquello sin llorar; pero la madre de Silvia no lloraba, ni miraba siquiera: lentamente desenvolvía caramelos y contestaba a las palabras de los otros artistas con dulce acento francés. Mi mirada agresiva llamó pronto su atención y, no sabiendo a qué atribuír esa mirada, sonrió cariñosamente.

También sonreía su hija, ya en la cumbre del maldito artefacto. Había metido un pie en el lazo de cuerda, apoyado el otro en el mástil, y lanzado al espacio su cuerpo todo como si deseara volar. Los espectadores aplaudían, mis amigos también; yo no aplaudí. En aquella postura Silvia movía su cuerpo, aumentando voluntariamente el peligro. Todo la parecía poco para contentar al público del circo; no parecía notar que este, anonadado, echaba atrás su cara y tomaba actitudes medrosas como las que tantas veces hemos visto de pequeños en los dibujos del circo, de Carlos Gibson.

Cuando Silvia Gemma concluyó su trabajo y pasó delante de mi silla, yo no aplaudí; en mi delirio memo hasta creí que ella se molestaba porque yo no

aplaudía. En cambio, el público, sugestionado por la belleza y los peligros a que la exponía, aplaudía rabiosamente. Hubo Silvia Gemma de salir muchas veces, sola, al centro de la pista a recoger aquel formidable homenaje. Entonces, estúpidamente, juzgaba orgullosa e inflada de vanidad aquella criatura que se inclinaba mil veces, enviando besos a todos, mostrando las más ricas e íntimas líneas de su cuerpo a quienes tan poco dinero habían pagado por su silla...

Violentamente salí del circo, seguido de mis amigos admirados,

***

Me negué a toda respuesta. Ignacio Lorca prometió que me presentaría a Silvia Gemma y le dí las gracias irónicamente. Sí, era muy hermosa pero muy fátua, gustaba exageradamente de los aplausos de una muchedumbre de circo barato, de circo de feria: su espíritu debía valer poco...

—Te has de volver loco cuando hables con ella—dijo Ignacio.

Seguimos visitando las barracas de la feria, pero sin el entusiasmo infantil de antes. Los amigos hablaban de Silvia: solo tenían alabanzas para ella. Les encantaba aquel alarde de vigor, de juventud, de desprecio por la vida. Pero, ¿qué dinero podría ganar aquella criatura en un circo donde las sillas de pista costaban veinticinco céntimos? La compañía era numerosa; la capacidad del circo, muy limitada. ¿Qué dinero la darían por aquel arriesgado ejercicio en el que todos los días se jugaba la vida no una, sinó dos y hasta tres veces en las dos o tres secciones que se celebraban?

Ignacio nos puso al corriente de lo que sabía, a pesar de mis protestas de que nada quería saber. Silvia y su madre vivían modestamente en una vulgarísima casa de huéspedes entre curas de misa y olla y funcionarios que no comían de estupor cuando aquél angel se sentaba a la mesa. Hablaban bien el español y hasta le parecía que Silvia era española, pero nunca hablaban en español entre ellas; francés, inglés, alemán y, sobre todo el ruso... En su habitación había visto Ignacio fotografías de Reyes y notabilidades mundiales con grandes dedicatorias... Eso era cosa de la madre, de la insoportable señora que se hacía llamar Carlota Augusta Sand de Montpellier...

Un rugido de león nos hizo variar de plan y acercarnos a la tienda o caseta donde se exhibían estos reyes destronados. En la puerta nos esperaba un espectáculo grotesco. Infinidad de papanatas contemplaban dos monos bien atados con cadenas a dos maderos en los que recogían cuanto les echaban comiéndoselo, después de mondarlo minuciosamente, con la graciosa petulancia que acostumbraban. En el quicio de la puerta, una mujer joven, de arrogante presencia, vestida con el traje legendario de los domadores de fieras contemplaba algo aburrida la alegría que despertaban en los curiosos las gesticulaciones de los macacos.

Ignacio Lorca me detuvo por el brazo y me recordó los dibujos de Seurat, de Dulac, de Rackan, de Toulouse Sautres, manchas de Steinfen, maneras de Beardsles... Hube de decirle que eso no me importaba nada. Las ferias, los titiriteros, los domadores de fieras, todo eso era un mundo imbécil de orgullosos, de fracasados, de mendigos.

—Lo que no importa para que tu hayas caído en el lazo de Silvia Gemma.

Tenía razón Ignacio. Silvia Gemma había entrado en mi corazón como en las novelas sin arte, en un instante. Al verla, el corazón me había dicho: ¿no buscabas una mujer? ahí la tienes. Y, estúpido y memo, tenía ya celos y me daba vergüenza, una vergüenza irritante, que ella se ganara la vida enseñando desnudo el cuerpo.

La domadora de leones nos ofreció fotografías suyas. Por diez céntimos teníamos derecho a poseer su retrato y una expresiva dedicatoria. Yo la rechacé. Pero Julio, uno de mis amigos, que era casado y con no pocos hijos, se hizo poner en la tarjeta adjetivos mimosos. Luego nos afirmó que la colocaría encima de la chimenea para dar celos a su mujer. Algo más que celos

produciría en la pobre señora aquella efigie llamativa, de muslos enormes, de pecho poderoso, con dos leones cachorros bajo los brazos, y que firmaba cuidadosamente estas fulgurantes palabras: «Recuerdo del corazón para mi Julio querido. Herminia Dante...»

Al saber que éramos artistas salió el encargado de las fieras, un tal Clodoveo Corpo, el que nos entretuvo contándonos las aventuras de la *menagérie*. Cómo se reirían los lectores del *Constitucional* al leer en el periódico, al día siguiente, entre otras cosas el sucedido de un pueblo de Castilla que Ernesto copió con toda su avidez de reportero... el caso de un alcalde cobardón y ansioso de gloria que para dejarles instalar la caseta les pidió afirmaran que había entrado con la domadora en la jaula de los leones, sin experimentar ni el más ligero susto.

Mis amigos entraron en la caseta. Fascinados por la domadora; aquellos jóvenes me abandonaron pronto. Yo quedé en la puerta viendo los monos y los parpanatas: observando, sin saber lo que hacía, cómo oscilaban las bombillas eléctricas impulsadas por el viento fuerte que soplaba.

***

Qué alegría al verme de nuevo en mi casa. Muy tarde era ya pero el pia no estaba abierto y él fué aquella noche quien supo el cambio profundo de m alma. Recuerdo—, oh, esto no se olvida jamás—, que busqué en las obras de Brahms la sonata compuesta en Suiza a orillas del lago Thun todo él rodeado de montañas nevadas; la parte del violín la seguía con mi imaginación. Me figuraba vivir ya con Silva Gemma junto aquel lago, como Paderewky en su palacio de Riond-Bosson en el lago de Ginebra... No pude resistir. Abrí los balcones para que entraran a su placer los discordantes ruidos de la feria; creía que así entraba algo de Silvia.

Y ciertamente entraba ella con los ruídos del órgano, de las ruedas de los caballitos y de las olas, con el rumor de la gente, con el resplandor de tanta lucecilla. Y entraba como la había visto en el circo, con sus mallas de punto pobre y gastado, con su cabello formando una sola trenza enorme. Era sin duda la inspiración que venía en mi busca, aquella mujer soñada por mí que habría de despertar en mi corazón las armonías presentidas, las perspectivas rítmicas entrevistas.

***

Todas las tardes, todas las noches ocupaba en el circo de la feria mi asiento de pista cerca de la salida de los actores. ¡Pobre editor catalán, como rabiaría esperando mis endiabladas transportaciones!... El amor me había arrojado violentamente en los abismos de la pereza, del sueño que embriaga, pero que enerva e inutiliza para todo trabajo. Si aquella ideal mujercita habría de ser mi inspiración, por ahora solo era un deseo que me consumía. Su recuerdo inmovilizaba las manos en el teclado, las ideas en el cerebro. Veía solamente a ella y su juventud poderosa rechazaba toda interpretación. Era un bellísimo fantasma que me decía: busca la manera de tenerme a tu lado viva, apasionada, feliz y deja esas teclas, esos *legatos*, el ritmo, el tono, el pedal correcto. Y dejé todo eso, lo abandoné por seguirla, como esos personajes de Cervantes que se hacen gitanos para vivir cerca de las húngaras que aman, yo me hubiese dedicado al circo. Cuando los clowns divertían a los espectadores con sus payasadas les envidiaba. Hoy que puedo seguir en mi alma todos aquellos tumultuosos sentimientos uno a uno, sé muy bien que no habría tenido inconveniente en recibir de aquellos payasos lecciones.

Mi pasión tenía momentos seductores, momentos literarios, en los que echaba a perder la verdad de mi amor. Era al acercarme a la inmensa tienda de campaña cuando escuchaba la endemoniada música de *aire* de los trompetines del circo. Entonces me detenía y aquella música era todo un poema de luz. Ella tan divina, tan pura, tan audaz, bajo aquella lona vulgarísima... Ella tan

joven, tan espléndida, defendiendo su vida y la de su madre en un circo ambulante, feo, destartalado... Allí había un libro, pero un libro para ópera. Me reconciliaba entonces con Leoncavallo, con su odiado *Pagliacci*, con las innumerables imitaciones y le perdonaba. Sí, ciertamente, aquello era poesía: los carteles de rabiosos colores, la música rabiosa, las voces rabiosas también de los que invitaban al público a que entrara por «la ínfima cantidad de quince céntimos»...

Y embelesado acariciaba aquellas emociones que tan feliz me hacían. He aquí, me decía yo, que ya no será mi juventud una cosa muerta. Suceda lo que suceda, este circo de lona, excéntrico y bufo, tal como es, será el nervio de mi vida entera. Y a fuerza de querer atesorar detalles, que no se me olvidara cosa alguna, quedaba atontado. Oh, esos cortinones de las dos puertas, ese bufete donde recogen las entradas, este armatoste sugeridor y llamativo donde vocean que dentro nos esperan las más grandes emociones.

Hasta que comprendía que su amor merecía algo más que literatura. No era a la artista a la que yo adoraba, era a ella misma. Jamás me serviría de pretexto su amor para una obra. En vez de querer conservar la imagen del circo debía olvidarla, odiarla, allí se explotaba su juventud y... ¿por qué no su hambre? Triste destino el de esas criaturas bellísimas, servir de modelo siempre, de tema de libros, de asunto de óperas. Su cuerpo y su alma no son suyos, son de todos. Ahora bien, ¿qué podría yo ofrecería en el supuesto de que creyera en mi amor? Pasar de una bohemia a otra más dura. A fuerza de idealismo la realidad concluye por no tener secretos. Yo estaba bien curado de esos sueños por los tirones horribles de la realidad; más ahora, sentía amor en el corazón y por lo tanto orgullo, me desesperaba poder ofrecerla tan solo amor y me avergonzaba de ello.

Aquella mezcla absurda de romanticismos dulcísimos y hondas realidades sentidas como pocos por ese mismo exceso de idealidad, me retenía estúpidamente en la silla, una silla por la que yo he reñido verdaderas batallas. Quizá esto no interese a nadie ni me importe, pero, cuando la encontraba ocupada y rogaba en vano el sitio tomado con el derecho indiscutible del primer ocupante, mi furia estallaba en duras imprecaciones y el escándalo llegaba... hasta ella.

Hasta ella... hasta Silvia, sí; en el circo se me conocía ya por el de la silla. Fué esta cómica circunstancia la primera noticia que Silvia tuvo de mí. Una vez las muchachas la hicieron salir al umbral de la puerta de artistas para que presenciara mi duelo con un tío gordo y embrutecido que en uso de un derecho perfectísimo ocupaba mi ya famoso asiento. Silvia rió mucho de aquello y mucho más, cuando la dijeron la razón de mi sinrazón en querer lo que no me pertenecía.

Me lastimó sobremanera comprender que hasta entonces no se había fijado en mí.

Y desde entonces, cuando acababa su trabajo siempre me miraba traviesa y sonriente como si se burlara de mi solicitud.

***

Ignacio Lorca tuvo una buena idea. Me presentó a César, a un clown graciosísimo que había estudiado con grave aprovechamiento tres hermosas carreras, la de cura, la de ingeniero industrial y la de abogado, lo que le servía de modo portentoso para imaginar sus fantasías de pista. César estaba enamorado «como un bruto» de la domadora de leones, de la hermosa Herminia Dante, y comprendió mi desazón amorosa por Silvia Gemma.

—Le presentaré a ella—me dijo—, es una joya, pero...

—¿Pero qué?—le interrumpí.

—Dudo que consiga algo. Su madre es terrible. ¡Ah, doña Carlota Augusta de Montpellier!... Eso no es una mujer, es... un hombre. En fin, allá ustedes.

Y César se lamentó de no ser correspondido de la hermosa domadora. Venía insinuándose a ella muchos meses atrás, en todas las ferias donde trabajaban juntos. Era casada y tenía una hija preciosa de corta edad, la Rosina. Una vez, que la había mordido su león favorito, *Coquelín*, fué al Hotel a verla. César nos contaba, como si esto nos interesara mucho, lo que ocurrió en aquella entrevista.

—Créame, con lo que ocurrió tenía usted para componer una ópera. La hice pasar una tarjeta y puse allí esta palabra, bajo mi nombre: un compañero. Ella creyó que yo era un domador ¡como me llamo César!... y me hizo pasar a su alcoba, a su alcoba, señor, figúrese usted mi situación. Yo al verla caigo de rodillas, ella al verme se enfurece y ni tonta ni perezosa levanta las sábanas y de un brinco ¡zás!... descuelga el látigo y, desnuda, enteramente desnuda delante de mí, comienza a insultarme en un idioma horroroso y a darme cada latigazo que me arrancaba gritos de dolor. Si no es por la doncella me mata. Pero yo la ví, yo la ví y desde entonces no pienso si no en ella. ¡Qué cacho de hembra, Dios mío!

—Lo malo—le dije yo sonriendo—es si está allí su marido.

—¿Su marido? Se lo comió una fiera. Ahora anda con otro domador un francés que se llama Agatocles Boutifon, un nombrecito...

—Pues si está allí ese...

—Ese la teme más que yo y eso que el tío se carga a cuestas a *Coquelín*, un león que pesa doscientos veinticinco kilos y mide dos metros desde el hocico a la cola.

A pesar de sus desventuras César cumplió su palabra y fué presentado a Silvia Gemma y su madre, como un «músico de grandes esperanzas» a quien ya le habían premiado en concurso público una *Suite*...

***

La presentación tuvo lugar en la humilde casa de huéspedes. Silvia Gemma, vestida, era una mujer pequeñita, de modales aristocráticos, reservada en extremo sin que por acaso revelara en su trato aquella viveza y expansión nerviosas que tan infantil y atractiva la hacían en el circo.

Hablamos de muchas cosas, de las siniestras intenciones de César, de música, de las ferias de España, de los circos, de las dificultades técnicas del piano.

Cuando Silvia nos dijo lo que pretendía César, su reserva se convirtió en alegría ingénua y explosiva. Ahí era nada lo que pretendía César. Había escrito a la domadora una carta tremenda. Y Silvia con voz de oro le rogaba nos leyera una copia guardada con cariño por si la domadora no contestaba nunca. César nos leyó aquella carta que decía así: «Divina Herminia. Cierta vez me apaleasteis al querer enterarme de vuestra salud; aquellas heridas ni se han cerrado ni se cerrarán jamás; el amor las tiene siempre frescas y sanguinolentas. Pero como no quiero que creais soy un cobarde, os pido permiso para entrar en la jaula de los leones, no en público, eso juzgaríais que era un reclamo, sino delante de usted, a solas con usted, para que ese duro corazón se convenciera de mi amor y fortaleza.

Parece ser que esta carta la conocía ya todo el mundo y en el circo se le quería más a César desde que la había redactado en una hora «febril y calenturienta» como el mismo César decía. A Silvia le hacía mucha gracia pero pasada su risa se puso seria y nos dijo misteriosamente.

—César es capaz de entrar en la jaula de los leones.

—El amor hace milagros mayores—dije yo pedantescamente.

Silvia Gemma, que no olvidaba lo de la silla, me miró sin decir palabra.

—Un león es cosa de cuidado—indicó mi amigo Ignacio.

—Yo—expuso César simplemente—entro en la jaula de los leones si ella lo quiere.

Y dijo César esto con tal decisión que yo, que siempre le había tomado en

broma, me estremecí. ¿Sería capaz el pintoresco clown de sacrificar su vida a la domadora? ¿La amaría de veras?

—Me matará *Coquelín*, pero yo entro en la jaula de los leones—repitió César.

Entonces solemnemente intervino la madre de Silvia.

—No es tu valor, César—dijo doña Carlota Augusta—sino tu amor propio el que te dicta esas palabras.

—Será o no será esto o aquello; pero yo, si ella quiere entro en la jaula.

Sucedió con César lo que suele ocurrir en las primeras presentaciones: él fué quien habló; él fué quien nos sirvió de tema de conversación; a su costa cada uno de nosotros se mostró no tal cual era, sinó tal como quería darse a conocer a los otros.

Pero aquel César comenzaba a interesarme. Un clown que amaba a una domadora de leones. ¡Oh, qué asunto musical! Allí había notas ricas de sentimiento, de audacia, la misma tradicional burla con que se juzga el alma de los que tienen por oficio hacer reir, ¿no daba intensidad al drama? Y fué allí mismo, cerca de Silvia, donde concebí el plan de mi obra, de la obra que había de darme la gloria. Ya tendría qué ofrecer a la divina artista. Todo mi organismo era sacudido por la inspiración y deseando no marcharme jamás del lado de Silvia estaba impaciente por llegar a casa y abandonarme entero a mi idea.

Doña Carlota Augusta se encargó de disipar esta primera embriaguez que causa la concepción de un trabajo que puede ser obra maestra. Quería saber si era músico de esta o de aquella escuela y por qué no me había dedicado al virtuosismo. Los conciertos, los recitales públicos dan mucho dinero. Era una lástima que yo no me hubiese dedicado a dar recitales. La cara del *virtuoso* ya la tenía, y, sobre todo, las melenas, el prestigio musical de unas melenas bien llevadas.

Hubo que acercarse al piano, un piano trágico de casa de huéspedes, y agradar a doña Carlota Augusta tocando lo que ella quería oir, de muy buen gusto por cierto y muy moderno, cuando yo creía lo contrario viendo aquel tipo raro, de intérprete de Verdi y heroina de Duprés, una mujer que parecía haber sido pintada en su juventud, como me decía Ignacio, por Winterhalter y Odiev...

Ella estaba allí y parecía mentira que me escuchara. ¿Llegarían íntegros a su alma aquellos tres *Preludios*, de Debussy, aquella *Ondina*, de Ravel, aquella transcripción de *Paisajes* y *Marinas*, de Koechlin?...

***

Suerte mía y bien grande fué agradar a doña Carlota Augusta. Yo, tan orgulloso de mi arte, tan independiente, que en las mayores privaciones me negué siempre a explicar a nadie y por ningún dinero la técnica del piano, hallé encantadora la proposición de la madre de Silvia. Y diariamente, antes de la hora de la comida, enseñaba a Silvia a domar un poco el agrio carácter de ese incompleto instrumento, tan íntimo sin embargo. Nunca olvidaré aquel sencillo *vals capricho*, de Strauss-Tausig; fué lo primero que oí tocado por sus manos, las lindísimas manos fuertes que gateaban por el junco indio pocas horas después.

Aquellas manos, a haberlo querido ella, ¿qué dificultades hubieran encontrado en el piano? Nunca he visto tan segura pulsación, nunca discípula alguna ha realizado tan pronto ese rápido y tranquilo paso del pulgar y de la mano, verdadero secreto de la ejecución rápida y de las escalas brillantes, nunca quien tuviera tanta flexibilidad de muñeca, ligereza y resistencia. Pero Silvia no quería, se distraía demasiado, desdeñaba la técnica, exageraba los *rubato*, los *ritardando*, abusaba del ritmo, del sentimentalismo, y yo, que la hubiera oído horas enteras sin hacer otra cosa que oirla y mirarla, tenía ahora que llamarla la atención y decirla que tuviera cuidado, que era necesario mante-

nerse estrictamente en el ritmo y en el tiempo, que leyera a Czerny y a Clementi, a quienes de corazón odiaba Silvia.

Una vez me fué imposible aconsejarla más y se lo dije a doña Carlota Augusta.

—Al arte supremo se va por la técnica pura e inflexible, pero el corazón de Silvia es indomable, libre. Y yo no me atrevo a contrariarla.

—No importa, yo lo quiero—contestó aquella mujer fuerte, que tratada en la intimidad era admirable de veras.

Sin embargo, fué imposible. Los ejercicios de Moszkowski volvieron a mi casa después de hojeados displicentemente y los *Cantos sin letra*, de Meldelssohn, sólo sirvieron para excitar más en aquella alma sus delicadezas, sus deseos imprecisos de Dios sabe qué cosas.

Debía saber que la amaba, pero no hacía caso alguno. A veces tomaba en los míos sus dedos para enseñarla a no encorvar hacia fuera las primeras coyunturas cuando las yemas tocan la tecla y debía sentir que mis manos quemaban y temblaban. Yo por mi parte leía en su cara la gentil indiferencia de una niña; sonreía siempre y ponía en mi sus ojos con una seguridad franca y noble que helaba mis ardores amatorios, las palabras que hubiera podido dirigirla.

Los primeros dias de estas lecciones viví en el paraiso. Aquella vulgar casa de huéspedes era la gloria. Estar al lado de ella lo juzgaba yo providencial y estaba seguro de que el destino me ayudaba en mi amor. Por las noches después de las secciones del circo, inspirado, feliz, componía los versos y el plan musical de la obra en que César y la domadora de leones eran héroes. Los rugidos de los felinos me sorprendían en el trabajo, entonces escuchaba y mi alma encontraba en ellos fuego y fuerza.

Pero Silvia Gemma se me ofrecía como un enigma y tocándola y viéndola, me parecía inmaterial. Como cierta vez aludiera a las obras músicales que los jóvenes artistas han inspirado me contestó sencillamente:

—Sí, hemos inspirado muchas obras.

***

La indiferencia por su cuerpo me tenía preocupado. En el Circo, me decía César, nadie da importancia a la carne. Y su frase era sublime.

—¡Qué diablo, cuesta tanto conservarla que no vale la pena estimarla mucho!...

¿Sería este sentimiento de renunciación el que inspiraba a Silvia el desprecio de sus formas perfectas?... Hasta en los tablados de los teatros canallas la mujer es avara de su cuerpo. Solo en los circos la mujer entrega a todos los ojos, a todos los deseos las líneas de esa carne. ¿Por qué?

—Desde niños están haciendo lo mismo, me indicaba Ignacio, el pintor.

No, no era la costumbre. Por otro lado, la buena conducta de las jóvenes del circo es probervial. Si enseñan su cuerpo no sienten lujuria, no hay en esos cuerpos un solo movimiento lascivo, premeditado, hecho para provocar pasiones bastardas. Yo había visto en las jóvenes artistas que se sentaban detrás de mi, que no tapaban sus pantorrillas sino cuando algún espectador las mirada con insistencia. En la pista era curioso seguir y anotar los movimientos de esas jovencitas, de Silvia Gemma. Constantemente corrían; abrían los brazos: se agitaban; aun permaneciendo quietas, para no distraer a los espectadores del trabajo de otro artista. Más descuidaban todo pudor, rechazaban en su rostro y en sus posturas todo miedo de sentirse contempladas desde tantos lugares del circo.

Cerca, muy cerca de mis ojos, Silvia Gemma esperaba el instante de su cruel sacrificio. Sabía ella que estaba delante de mí; en la pequeña pista del humilde circo de feria no me separaba de su cuerpo más de un metro. Y no había en ese cuerpo el más pequeño temor, la indecisión más leve. Cuan-

do volvía la cabeza, parecía que me veía por primera vez, que no había yo en el piano tocado los dedos de sus manos para que no se levantaran muy altos en las pulsaciones profundas cuando quería yo que se hiciesen en pasajes lentos.

Su madre en una silla cerca de mí hablaba en francés, en inglés, en español con sus amigos y nada le importaba la exhibición de su hija, ni el momento trágico en que aquel cuerpo divino se curbaba, cimbrándose en el aire mostrando los tesoros más íntimos de aquellos músculos, de aquellas líneas incomparables. Y ella sonreía y saludaba a todos, hasta las mujeres pudibundas y escandalizadas que miraban alarmadas y de reojo el descaro de las formas.

Preciso es, me decía yo, que en tales almas haya ocurrido un grave suceso. César quiso demostrarme que no, que nada era tan leve, sencillo e ingénuo como estos corazones de mujer de circo. Antes de entrar en las habitaciones de los artistas, César, empolvado, disfrazado de ser inverosímil algo más trágico que Arlequín y más bufo que Pantalón o Polichinela me dijo estas palabras inolvidables.

—No conocen el amor, pero comprenden como nadie en el mundo la amistad.

***

Sorpresa inaudita; en la habitación nadie se ha extrañado de vernos entrar casi sin pedir permiso. El único sér que se ha molestado ha sido un mono con el que jugaba una de las mujeres al entrar nosotros. De un salto ha brincado a la mesa de tocador poniendo en peligro de verterse el agua de una palangdna y chilla allí de firme como si viniéramos a llevárnosle. La artista se levanta para hacerle callar a fustazos y las otras dos siguen arreglando sus trajes de pista como si nadie hubiere entrado allí.

Una de ellas es Silvia. La malla morada de seda cubre ya los muslos que se acusan en potentísimo relieve, en curvas y hoyos dulces, en turgencias suaves, fortísimas, de acero, pero que no perdieron con la fortaleza la femenina irradiación, ese encanto del sexo que es como aureola mas que bulto y forma. Toda la espalda está desnuda y en el espejo se reflejan los dos senos, libres, duros, de pezones sangrientos como fresas. Por pronto que el jubón quiere cubrirlos he tenido tiempo de verlos y ella no se inquieta. César está conmigo, no la importa el payaso.

La otra joven con las piernas desnudas pasa revista a sus mallas descoloridas, a la fina red cuyos puntos rotos pueden ser centro en la pista de miradas maliciosas. César me mira y yo no sé qué hacer, no sé qué decir, no me atrevo.

—El señor es un músico notable—dice Silvia atándose a la enorme trenza del pelo una ancha cinta roja, y está componiendo una ópera sobre César y la domadora.

César se echa a reir, las dos artistas me miran con interés. Ya me conocen todos, me conocen por el de la silla; ¡defiendo el sitio con tanta energía que el señor Barnel, el jefe de la pista, ha decidido reservármele!... Lo que no sabían era que fuese músico, esto les agrada, no podrían trabajar sin música. Ni una alusión a Silvia por la que todas saben voy al circo, ni una broma. La ópera que estoy haciendo sobre César y la domadora les intriga únicamente. Es uno de los suyos y a él, a César, le gastan jugarretas y chirigotas. Haberse enamorado de una domadora de leones ¡que bobería!... y que es bien cierto que César está enamorado de la domadora... El domador ha jurado romperlo en pedazos en cuanto lo vea. ¿No lo sabía?... ¿Tampoco sabía que estuvo la otra noche en el circo la domadora? Nunca falto pero nada ví. En el circo sólo veo a Silvia, nada podría decir de los trabajos de los otros artistas. Pues estuvo y bien que rió con las ocurrencias de César...

—Sí, me dice éste en las cuadras donde he ido a visitar los caballos, sí, es

tuvo Herminia aquí en el circo, riéndose de mí. La he vuelto a escribir. Pero hablando de otra cosa, ¿ha visto usted cómo no las importa un pito su propio cuerpo a las mujeres del circo? ¿Y sabe usted por qué?

Se detuvo César, acarició la grupa carnosa y enorme del caballo de la *ecuyère* y dijo al fin, serio, muy serio, bajo la máscara de polvos blancos...

—Porque, señor Nerval, ninguna tiene el cuerpo de Herminia.

***

—¿Ha escrito usted de nuevo, César?

—Sí. La he repetido mi ofrecimiento. En la obra que está usted escribiendo, ¿a que no ha imaginado aún el desenlace? Yo se lo daré hecho. Esa mujer...

Aquella misma noche le llevé a mi casa. No me atreví a entrar en ella solo, jamás había sentido tanta fiebre en el cuerpo y en el alma. Quería distraerme con las desventuras de César, sentirlas profundamente para con ellas labrar mi obra maestra y al mismo tiempo Silvia, una nueva y más adorable Silvia, se me aparecía virgen misteriosa sin deseos ni pudores, irresistible.

Porque no tienen el cuerpo de Herminia, había dicho el clown. Esas jóvenes poseen un cuerpo perfecto; ¿qué más puede desearse?

—El de Herminia; he visto desnuda a Herminia, señor Nerval.

—Y bien, ¿es posible ser más bella que Silvia es?

—He visto desnuda a Herminia. Ya le he contado como fué. Lo que no le he dicho es cómo tiene el cuerpo Herminia...

César, el clown de las tres carreras, como le llamaban sus compañeros, era un hombre alto, joven, de noble y simpática figura, pero había en ella tal abandono y desprecio de sí mismo que producía despego, repulsión. Se le juzgaba antes de hablar con él como un bebedor de profesión, como un hombre joven a quien profundos disgustos de vida arrojaron a un insaciable deseo de beber. Mas César bebía poco. La repulsión que producía tenía otra causa: el vicio de hacer reir. Me lo había contado. Jamás había asistido a un circo. El tenía capacidad intelectual, hábitos de estudio, hasta podría asegurarme que pasión por el saber; pero al mismo tiempo sentía constantemente el deseo del chiste, de la broma. En la conversación más seria hacía de pronto giros inverosímiles encantado de destrozar las cuestiones. Llegó un día en que nadie le tomó en serio, en que todos los que se acercaban a él se acercaban riendo, reían desde lejos al verle, se le presentaban unos a otros como el hombre más gracioso del mundo. En los exámenes mismo, los profesores sonreían esperando la gracia, aquella frase graciosa que no podía faltar, que saltaría cuando menos lo esperasen todos. Hubo que abandonar el estudio, la amistad, la vida, hacerse clown, inutilizarse...

Aquella noche, César estaba sombrío; no sé que descubrí en su rostro lleno de simpatía y de inteligencia, que quise hablar con él, a solas en mi estudio, de Silvia. El se impuso y me habló de Herminia. Tenía a la fuerza que saber cómo era el cuerpo de la domadora de leones. Y poniéndose en pie, paseándose por la habitación, deteniéndose ante mí como si quisiera convencerme, me explicaba cómo era aquel cuerpo.

Las mujeres de circo no inspiran pasión ninguna. Sin duda yo no sabía la razón y la razón es porque en su cuerpo todo es armonía, todo es línea, son cuerpos hechos para saltar, cuerpos sin huesos, carne en la que el sexo se convierte en agilidad, en ganas infantiles de brincar, moverse, retorcerse, doblarse hasta que la boca toque el calcaño de los pies. Pero, en la domadora, las líneas eran carne de mujer y no carne de niña. ¿No la había visto en la caseta de los leones? Como yo asistía al circo para ver a Silvia, él iba a la caseta, se escapaba a la jaula de los leones para verla, confundido en la multitud que era muy numerosa a la hora del reparto de carne a las fieras, a la hora del espectáculo de la humillación de los terribles animales. Los leones rugían en torno de ella, escondían el rabo entre las piernas como gatos muer-

tos de miedo, retrocedían, la obedecían y ella implacable les ofrecía para que le arañaran aquel cuerpo robusto, abundante, de masas grandes en las fuentes de la vida...

César gruñía en el balcón abierto, mirando la caseta de los leones.

—Es preciso verla, es preciso verla. No me comprenderá usted nunca si antes no la vi... Desnuda es de tal modo que, después de verla desnuda, todo es indigno de vivirse. Es una mujer, pero una mujer que huele a mujer. Silvia, Estrella, Ernestina, las muchachas del circo son niñas, niñas grandes pero niñas. Herminia es la hembra en todo su esplendor, allí no hay alma ni sentimentalismos, allí hay carne, vigor, tiene cicatrices tremendas en todos los sitios hasta en su sexo, la garra de un león llegó allí...

La garra de un león llegó allí...—repetía César como si hubiera enloquecido.

***

Herminia desnuda, en su alcoba, arrojando a latigazos de allí al pobre César, sin gritos ni aspavientos como quien acorrala una fiera intrusa... Yo me figuraba esta escena oyéndole ahora y no podía reir. Cesar se transfiguraba hablando de la domadora. Bajo la pálida máscara del clown había un hombre, un verdadero hombre. Conforme hablaba veía yo mi obra: egoista y necio, sin darme cuenta, no sufría con él, no le acompañaba en su dolor, le miraba como se mira a un modelo, espiábale para retener sus frases, sus gestos. Había olvidado hasta los brotes de rosa que coronaban las senos de Silvia.

«La garra de un león llegó allí...»—repetía yo en voz baja. Veía mi obra cada vez más clara, más honda. Aquella pasión sería mi fortuna, mi gloria. Un literato jamás me hubiera ofrecido un libreto semejante. En carne viva veía yo la pasión del pobre Cesar, un ansia de amor bravo, de amor de hombre que ha visto la mujer «que huele a mujer» como él decía. Mas, como el fatalismo de toda su existencia, aquel deseo poderoso parecía una mentira, una ficción, una sandez.

Rapidamente salté al piano y toqué lá *Burlesca,* de Scarlatti...

***

Pareció no entender la intención mía; antes bien, creí que se calmaba oyendo.

Así era. Me rogó tocase otras cosas. Le obedecí. Quiso conocer algo de mi labor juvenil y me negué a ello. ¡Sabe tan bien interpretar los sentimientos del alma en las bellas inspiraciones de los demás!... Aparte de que me he acostumbrado a vencer los impulsos de improvisación. El amor de Silvia Gemma, la pasión de César por su domadora, como un *guator*, producía en mi cerebro magníficos destellos melódicos. Yo sabía que, rechazándoles, habían de venir luego con más fuerza.

Nada mío. César oyó el *Largo* de la *Aurora*, de Beethoven. *En el convento,* de Borodine, unos *arabescos*, de Debussy y, como jamás la he sentido e interpretado, la *Hammer-Clavier,* de Beethoven, la sonata más pianística del *Unico* en música...

César no creía que yo tocarara *tan bien* el piano. Estaba admirado. Los alardes técnicos le hechizaron y debió olvidar su pena. Hablamos de música, de mi obra, de *nuestra* obra. El no se ofendía de que yo le tomara por modelo, pero se extrañaba de que los artistas copiaran sus obras de la realidad dolorosa, se lamentaba de que no respetáramos ni siquiera nuestros sentimientos más íntimos.

—Yo amo a Herminia en serio—me dijo—, tan en serio que estoy decidido a demostrárselo.

Insistía en su determinación de entrar en la jaula de los leones. ¿Un clown en la jaula de los leones? Le matarían, el destrozo sería horrible, estaba seguro de que moriría pero contento de morir así, por demostrarla que la amaba.

Ella no había contestado a su proposición todavía; es decir, había contestado acudiendo al circo a reírse de él, a costa de él.

Aquella noche fué una de las más intensas que artista alguno puede vivir. Silvia, la domadora, César, mi obra, conmovían toda el alma hasta violentarla con exceso. Cuando escuchaba a César me parecía mentira tenerle allí, a mi lado. Ni por asomo le convencía yo de lo contrario y en mi egoísmo cruel hasta le hubiera sugerido la necesidad de arrojarse a los leones. Su tragedia era mi obra, y mi obra la felicidad, el amor de Silvia. Le pregunté:

—¿Está usted seguro, César de no retroceder?

—Yo solo sé que entro en la jaula—me contestó—, y si me niega esa posibilidad, ya me arreglaré para que el animalazo que la acompaña me lo permita.

El que César llamaba animalazo era el domador, Agatocles Boutifón, un hércules espantable que no le podía ver ni en pintura

—Me llama «ese sapo de circo»...—decía César.

***

A Ignacio le pareció el suceso increíble y desde luego negó toda posibilidad. No se lo permitirían, no insistiría él. Además, debíamos nosotros impedirlo a toda costa. Entonces ocurrió algo lamentable que dejó asombrado a Ignacio y fué que yo le afirmé no me opondría, antes bien, pensaba ayudarle en sus gestiones. El buen pintor no salía de su estupor.

—¿Tú?—decía—. ¿Tú, Hipólito, un músico, todo corazón, vas a permitir que las fieras se coman a ese clown?

—¿Y por qué no?... El, César, era mi obra. Mi obra era la posesión de Silvia y amaba a Silvia como un loco. ¿Qué podría ofrecerle sino la gloria de un nombre, el éxito enorme de una obra indiscutible, de un triunfo que me diera de golpe nombre y popularidad? Y César era la obra, su amor por la domadora, un amor tragicómico al que ese final de la entrada en la jaula daría grandeza y un color teatral inenarrable.

Junto al piano diseñaba yo la obra, sobre todo la escena cómica del castigo de César en la alcoba de Herminia, la entrevista del domador Agatocles con César, el duo de amor, el desprecio de la domadora, la desesperación del clown y su muerte. No había escrito aún una sola nota y toda la obra estaba ya en mi corazón, en las manos; los nervios vibraban con las pasionales armonías. Sería una obra sin futurismos, simple, honda, toda vida, toda sueño, pasión, cien veces pasión, pero no la pasión diluída y estilizada que viene de lejos a nuestra alma bañada de mil matices y claroscuros como en la muerte de Isoldra, sino pasión sangrienta, española, de raza, una *Carmen* macho. La técnica sería pospuesta: nada de modernismos, ni Strawinsky, ni las transposiciones synódicas de la escuela simultaneista...

Y por la obra, porque la tragedia de César conmoviera mi corazón hasta destrozarlo era yo capaz de avivar en el corazón del clown el amor de Herminia hasta un grado increíble. El amor de Silvia me inspiraría las frases de amor y la tragedia del clown me daría el vigor, la luz, el relieve que hace vibrar las notas en el alma empapándolas en sangre fresca. *La Bohemia, Tosca, Payasos*, la misma *Caballería Rusticana*, son obras musicales detestables. Pero, ¿qué misterio les ha dado esa supervivencia, esa fama entre los públicos? La pasión, la juventud, la sorpresa, lo increíble, la brutal anarquía de la sangre, del amor y del deseo de gloria viva, de gloria inmediata y positiva...

Ignacio, mi buen amigo, se convencía *teóricamente*. En teoría no estaba mal eso de no impedir que un hombre fuera destrozado por los leones para que una obra tuviera médula humana y sangrara; pero había que impedir se consumara el hecho. En cuanto a mí, ¿no me bastaba con la idea? ¿No debía temer que la realidad tremenda fuera perjudicial a la concepción? La fuerza inspiradora de las grandes obras líricas suele ser un simple deseo, un sueño, una idea... ¿A qué más?

Ese más allá era el que yo buscaba. No creí nunca que el alma fuera tan audaz y dura. Cuando César estaba ante mí, cerca del piano como ahora Ignacio, y veía su cara pálida y arrugada, fruncida por la idea fija del suicidio pintoresco, aparecieron como proyectados los leitmotivos del payaso amante de la domadora. El mismo se había estremecido al teclearlos yo, como si respondieran a su estado de alma, como si una fuerza espiritual le hubiera sorprendido y arrancado el secreto de su sentimiento.

—Se estremeció, Ignacio; se estremeció al oír esas notas. Y yo no las hubiera podido imaginar si no le hubiera traído a casa para mirarle, para espiarle, para llenar todo mi ser de su dolor, que unas veces, como él es cómico, y trágico otras, y siempre enorme, increiblemente interesante.

—Silvia no aprobaría eso—me dijo Ignacio.

—¿Estais seguro? Silvia es una mujer de circo; ni por la imaginación le pasará a ella que los leones puedan hacer daño al clown. Viven en una extraña atmósfera que no conocemos bien, Ignacio; César me lo ha demostrado. Con él entré en la habitación de la barraca donde se visten las mujeres que trabajan en la pista. Silvia enseñaba sus senos con una despreocupación sincera; Ernestina, la *ecuyère* que enseña las pantorrillas al público, remendaba las mallas y con una escandalosa poca vergüenza tenía una pierna sobre la otra... Y sin embargo esas mujeres son ángeles.

*
* *

—Bien, bien, dejemos eso. Ni Silvia tendrá por qué asustarse ni César se arriesgará. Los leones son animales de mucho cuidado, y más que los leones de veras, esos leones de feria.

Ignacio tenía de los leones de feria un concepto humorístico. Los creía capaces de las mayores bestialidades. Son leones, decía, desprovistos de sus cualidades legendarias y muy traicioneros, por exceso de domesticidad. La ferocidad de estos reyezuelos de las selvas o de los desiertos no desaparece; se transforma en un equivalente por orden de las consabidas leyes de la naturaleza. Si la ferocidad nativa de esos bichos es producto de la ley de la necesidad, cuando el hombre les somete a su deseo estúpido de que bailen y hagan mojigangas para ganarse la comida, el carácter de esas bestias se humaniza en lo posible, se caricaturiza... Un león de caseta de feria no tiene nobleza porque esta cualidad es un subctratum de la fuerza. Sus ganas de comerse al domador son nada más que un cálculo bien humano de probabilidades, una humana desconfianza de no comer aquel día...

Ignacio se reía al decirme estas cosas. Pretendía demostrarme que los leones de las ferias no pueden servir de motivos inspiradores de óperas ni siquiera de zarzuelas en tres actos. Pase porque llenan la cabeza de los acaparadores del teatro por secciones con escenas burdas; pero hasta esa cara admirable que Rosa Boulseur nos ha dejado en sus cuadros de leones libres, hasta esa misma cara que tienen los leones hamburgueses del Parque franco de Hagemberg, se transforma en los leones ambulantes. La cara de un león feriante es una cara estúpida, aburrida, un conjunto de agujeros y pelos donde se dan cita los sentimientos más ruines: el miedo a tener hambre les hace parecerse a nosotros. César, cualquiera otro que saldría, sin un rasguño, de una selva llena de verdaderos leones, sería convertido en la jaula de Hermina en un montón de huesos. Y, precisamente, no hay quien no crea lo contrario. Para todo el mundo esos leones de caseta de feria son unas fieras acobardadas, sumisas. Cierto, cierto, como nosotros, como los hombres; pero es lástima que los hombres se coman y cuando uno de esos leones tiene miedo a tener hambre... ¡es entonces un hombre, un verdadero hombre!...

*
* *

He sabido al fin quién es la madre de Silvia y estoy desesperado. Ignacio dice que no lo cree pero Ignacio no estaba allí cuando ella lo ha contado y no

ha visto cómo ha sido contado... Silvia había salido con la dueña de la casa de huéspedes. La misma doña Carlota Augusta me abrió la puerta y lo que nunca había hecho lo hizo entonces: enseñarme la habitación donde duermen.

Al principio sentí una felicidad inmensa. En una de aquellas dos humildes camas de madera dormía Silvia y parecía que llegaba hasta mí el calor de su cuerpo. Veía las dos fresas de sus senos pero allí, no en una habitación de circo, hecha de tablas y llena de los rumores de un público que espera divertirse, sino en la caliente intimidad de una alcoba. Poco duró mi sueño; doña Carlota Augusta me echó los brazos al cuello. Ni fuerzas tuve en mi sorpresa para desasirme de ellos y las más estúpidas ideas vinieron a mi cerebro. ¿Se habría enamorado de mí la madre?

Poco a poco me fuí enterando; doña Carlota Augusta no estaba enamorada de mí, sencillamente... estaba borracha. Su embriaguez era una borrachera fría, severa, como si a medida que perdiera la conciencia la supiese con una rigidez extraña, con un raro hieratismo. Estaba verdaderamente hermosa, pálida y nunca hasta entonces había visto los bellos rasgos de su raza eslava tan acentuados, tan claros.

Conocí que deseaba hablarme en español pero que la costaba un ímprobo trabajo vencer la fatalidad de las extranjeros que se emborrachan lejos de su tierra. Sus palabras parecían rusas o de algún dialecto austriaco. Pero al fin logró imponerse y me rogó que me sentara porque me iba a comunicar un secreto y, como estaba segura de que no habría de creerla, estaba también dispuesta a enseñarme las pruebas.

Asombrado la ví abrir unos baules enormes que desaparecían bajo docenas y docenas de etiquetas de todos colores, de papeles de facturación. A uno y otro lado arrojaba los objetos de esos baules, vestidos, utensilios, libros, hasta que encontró unas grandes cajas llenas de fotografías, recortes de periódicos y cartas.

Las puso en la pequeña mesita que ocupaba el centro del cuarto y, volviéndose de espaldas a mí, bebió del contenido de un frasco.

—Es vodka—me dijo—. ¿Quiere? Usted que es artista debía beber de este aguardiente ruso, hace daño al cuerpo, pero al alma, oh, al alma le hace mucho bien.

Quise impedir que bebiera con frases vulgares y sin hacer caso me enseñó las fotografías, los grabados, los recortes, las tarjetas y las cartas.

—Usted creería que yo era una señora llamada Augusta Carlota Sand de Montpellier, soy algo más; soy la Baronesa Augusta Carlota de... No se fíe de mis palabras, vea esas pruebas. No le miento. Se lo enseño a usted porque es usted un artista como nosotros, como Silvia, como yo, porque yo soy *ecuyére* es decir ya no soy nada pero he sido una célebre *ecuyére*...

En aquellas cartas redactadas en diversos idiomas había timbres reales y coronas, firmas conocidísimas y célebres. En las fotografías de reyes, príncipes y nobles de toda Europa, ví estampadas dedicatorias, frases de elogio, recuerdos afectuosos. No había engaño; la Baronesa de... era aquella mujer que tenía delante, embriagada de vodka, pálida y bella aún en su escrúpulo, perdida en una casa vulgar de una ciudad española. Ella era aquella esbeltísima amazona de los grabados, de las fotografías, a la que los cronistas mundiales dedicaban las más exaltadas frases.

La Baronesa de... había sido profesora de equitación en las casas más linajudas, de reinas, de princesas. Sus éxitos de circo dejaron perdurable recuerdo. Pero su padre se jugaba las sumas fabulosas que ganaba ella o las disipaba en orgías por todas las ciudades de escándalo y riqueza, de moda o de buen tono. Ella adoraba a su padre. Muy joven aún, se casó con un hombre de guerra, con un apuesto oficial que pronto abandonó el ejército para seguirla y explotarla. El padre y el marido se pusieron de acuerdo en este punto y ella que amaba a su esposo hasta enloquecer de pasión por él, tuvo que huir cierta noche...

Quise quitarlá el frasco de vodka pero ella me abrazó cariñosamente, suplicándome la dejara hacer. ¿No era yo un artista? Oh, sí ciertamente que era yo un artista, me parecía a Thalberg, cuando me oía la otra noche la Gran Sonata, de Liszt, ella recordaba haberla oído, a quien lo había olvidado pero no olvidaba que jamás se había escrito para piano cosa tan honda, tan difícil... Debía pues dejarla beber y hablar. Un artista no debía desperdiciar aquel momento.

Cierta noche huyó. No acudió al circo, recogió de casa de su banquero unos miles de duros y huyó; pero su marido desafió al banquero y lo mató; a consecuencia de ello estuvo muy enferma, se hizo muy vieja, muy vieja. Olvidó su arte, lo escondió en el fondo de su pecho. Y un día en cualquier lado tuvo a su hija.

Y, un día, en cualquier lado, tuvo a su hija...

***

A Silvia Gemma, a su hija. En cualquier lado... ¿Por qué palidecía yo? Ah, sí, ya se lo figuraba, no podía ser menos. Siempre estaba en el circo, la primera silla de la primera fila. Luego, en las lecciones de piano... Pero Silvia Gemma ya no era Baronesa, ni tenía como decimos los españoles un céntimo partido por medio, ni Silvia Gemma podría amar a nadie nunca. Sí; podía trabajar en los grandes circos ¿pero qué grandes circos había en España? En los del extranjero... antes la muerte... Allí había hombres como su padre, como su marido...

***

Estaba muerto de emoción. Muerto y no exajero. Toda mi vida había sido una tarea pero humildísima lucha por la técnica musical. En mi querida y bella Valencia recordarán todavía al joven melenudo que reunía en el café X a los artistas para que escucharan las obras clásicas, las valientes rutas modernas de la música. Mi deseo era componer, no ejecutar; por eso y hoy lo celebro en el alma, no me dediqué a la mema tarea de impresionar públicos, en los teatros, con ejecuciones *demasiado bien* hechas. Ello me arrojó a la bohemia y en esa bohemia noble de un joven que sueña pero que trabaja humildemente, primero Silvia Gemma y luego su madre deslumbraban mi alma con el ideal insólito de vidas lejanas, de dramas reales de una intensa y poética trama. ¿Y en aquella *feria chica*, en aquel circo vulgarísimo, en aquella casa de huéspedes escondida en las calles pobres se aparecía a mi alma sedienta la inspiración, la emoción central de toda mi vida me pasara en adelante lo que me pasara? Pocos se han reído como yo de esos circos, de esas ferias, de las aventuras novelescas que puedan venir de ellas...

Y ahora escuchaba esas grandes cosas y me parecía una ilusión, pero ilusión o no, la baronesa Carlota Augusta seguía hablando y me mostraba las fotografías, los recuerdos, las pruebas. No hacían falta esas pruebas. La creía. La creía, oh, qué expresión aquella que zumbaba en mi oído.

—¡Y un día, en un lugar cualquiera tuvo a su hija!...

Cuando se cansó o cuando su embriaguez se lo dictó, la madre de Silvia me cogió por un brazo y me presentó el frasco de vodka, diciendo:

—Bebe.

Y bebí.

Con aquél sorbo ardiente del brevaje ruso me pareció beber algo de Silvia algo del ideal y de la historia de la baronesa. Confieso que tenía sed de beber de aquel vodka como si en él se contuviera un porvenir, un más allá sobre esta vida cotidiana nuestra, esa vida insulsa de nuestra raza en la que nunca pasa nada que esclarezca hasta cegarnos nuestra vida interior...

—Ahora Grieg, quiero que toques algo de Grieg—, me decía la madre de Silvia.

El destartalado piano estaba en otra habitación y allá fuimos los dos. Na-

die hubiera podido decir cual de los dos estaba más borracho. Colgada de mi brazo y en la mano el frasco de vodka, aquella mujer estaba menos, mucho menos ebria que yo.

—Algo de Grieg, algo de Grieg—. gruñía ella.

¿Por qué Grieg y no otro cualquiera? No lo sé. Ella lo quería. Yo toqué, en la penumbra de aquella tarde, en la ruin habitación, en el piano absurdo, esa maravilla de Grieg, la obra 45, sonata cuyo arreglo para piano solo es pobre homenaje mío al maestro.

***

—¡Y yo que la creía un ser vulgar, una vil piltrafa de madre!—exclamaba Ignacio.

Juntos los dos en las sillas del circo mirábamos a la baronesa departiendo con los jóvenes artistas entre sonrisas y frases dulces de aliento y modestia. Era la misma de siempre. Unicamente me impresioné cuando al salir la *ecuyére* lamentable que pasaba sin gloria ni pena en el programa, se acercó a ella doña Carlota Augusta y con suelta mano sabia arregló el rendaje del animal. Siempre, desde que debutara esta simpática pero sosa criatura, hacía lo mismo o algo semejante, acompañando su acto con palabras que parecían seguras advertencias técnicas que Ernestina recibía sonriente y con respetuosa severidad.

A su lado, hasta que trabajaba, estaba Silvia vestida de negro como siempre con sus dos enormes perlas falsas temblando en las orejas? Habría sabido alguna cosa de mi estancia en su alcoba, de la escena imprevista en que su madre borracha de vodka me rebelara cosas tan hondas, cosas que en mi dejaron huella tan perenne?... No parecía recordar nada o estaba ya habituada a esas borracheras de su madre. Sus grandes ojos negros, que habían respondido a nuestro saludo con encantadora mirada, recorrían el circo graciosos y distraídos como el mirar de una niña curiosa y sin preocupaciones.

—Nada sabe—me dijo Ignacio—, nada sabe.

En mi oído sonaban aún las palabras de la baronesa.

—¡Algo de Grieg, algo de Grieg!...

Oh, bendita melodía eterna y cómo acuden a tí siempre los que han hambre y sed de ideal, los que vuelven del ideal desesperanzados, arrastrando los girones que el fracaso no pudo romper del todo...

Algo de Grieg, algo de Grieg...

Silvia se levantaba para vestirse en aquella estrecha habitación donde ví sus senos, los botones sangrientos de su vida joven, de su pureza divina.

Miré fijamente a la madre. En los ojos de doña Carlota Augusta morían los recuerdos todos del viejo esplendor. Ni aquellos cabellos que comenzaban a ser blancos, ni las arrugas que invadían los pintados ojos, los pintados labios, las pintadas mejillas, decían nada de su existencia. Era lo que parecía, una artista vieja, cansada, algo fatigada más por el trabajo que por el amor. Y sin embargo, ¡qué cantidad de emociones bajo el pelo gris y blanco a pesar de los mordientes, de las tinturas!... En vano quería distinguir en aquella cara algo enfática y presuntuosa como restos firmes de su altivez de otro tiempo, los efectos del vodka.

¿No recordará la baronesa la escena del otro día?... Sin duda no lo recordaba ya; no sabía si alegrarme o entristecerme por ello. Muchas veces, como una mano invisible que tocara mis hombros para que volviera el rostro, sentía necesidad de mirar atrás y clavar, en aquella interesante mujer vestida de negro, de un negro de luto barato, mis ojos. Tal vez deseaba ver en los suyos las lágrimas y la vida de la tarde aquella, cuando sentí el verdadero valor de la existencia. Pero, Dios mío, ¿era aquella mujer la que había dicho... «y, un día, en un lugar cualquiera, tuve a mi hija»?...

Y en sus ojos, nada, siempre nada. Hasta parecía molestarla mi continuo

mirar fijo que preguntaba, que deseaba ver en los ojos de la madre de Silvia los ojos negros de la europea y cosmopolita *ecuyère* amada de reyes, de banqueros...

Ignacio la miraba también. Sus ojos de pintor profundizában aquel rostro implacablemente. Yo se lo aconsejaba. En las fotografías, su rostro era de maravillosa pureza eslava; los ojos estaban empapados en un flúido de pasión, de amor, de juventud. Ignacio buscaba todo eso en la máscara del tiempo.

***

El humilde circo se había convertido en mi imaginación en un grandioso teatro europeo. ¿No estaban allí Silvia y su madre? El público parecía aburrirse de los ejercicios que contemplaba, manidos, muy vistos, dislocaciones y saltos que se sabía de memoria. Apenas si se reía un poco con los clowns. ¡Oh, si aquella mujer hubiera recobrado su verdadera personalidad, si aquella baronesa profesora de equitación de reinas y de princesas, hubiera saltado sobre sus caballos ágiles del Don, caballos resabiados e inquietos de cosacos, pequeñuelos caballos corsos!

Era allí, en el circo, donde la madre de Silvia se transfiguraba, pero sólo ante mí y por desgracia para mí... Por desgracia, sí; ella había vuelto a ser doña Carlota Augusta, dejándome envuelto en las nubes de aquellos días.

El ejercicio de Silvia no iluminaba su cara con algún nuevo sentimiento; sonreía complacida al final, cuando escuchaba la formidable ovación que invariablemente se ganaba su hija. También sonreía cuando Silvia desde la pista miraba a su madre. ¡Qué amor profundo, qué inmensa adoración había en la mirada de Silvia a su madre cuando desde la pista buscaba sus ojos, arreglándose los rizados bullones del corto calzón para que no enseñaran, subiéndose demasiado, la parte de los muslos cercana a las caderas!...

De todos los movimientos de Silvia este era el más desconsolador. Antes, me parecía un gesto de consagración de un alma. ¡Tan bella y tan pobre! Ahora, comparaba el lujo de las fotografías que vi en aquellos enormes baules abiertos y la pobreza de Silvia. ¡Qué tragedia entre aquellas dos almas!...

¿Aceptarían mi ayuda? ¿Sería yo capaz de la obra maestra salvadora? ¡Oh, cómo deseaba yo el triunfo cuando Silvia pasaba delante de mí, roja su divina cara con el rojo púrpura de la amapola, brillantes sus ojazos, palpitante el seno de fatiga y quién sabe si de dicha, trémula la boca, aquella boca de labios saltarines y bulliciosos que no sabían sinó sonreir, sonreir siempre!

En mis cavilaciones y sueños no sentí que César ponía su mano en mis hombros.

—¿Ha leído el periódico de hoy, señor Nerval?—me preguntaba.

Ya estaba César en la pista. La gente se reía con sola su presencia; bastaba que le vieran aparecer para que el público se destornillara de risa.

Ignacio llevaba, en los bolsillos, periódicos del día. Buscamos. En cuarta plana, como un simple anuncio, como un reclamo de tantos; leímos estas líneas horribles que para todos constituirían una farsa más, un nuevo motivo de risa.

«La domadora de leones, Herminia Dante, tiene el honor de anunciar al respetable público que mañana, en la función de la tarde, entrará en la jaula momentos antes de que ella lo haga, el conocido clown del circo de la feria, César. El clown César y el famoso león *Coquelín* entablarán un divertido diálogo.»

***

—No puede ser y no será—dijo Ignacio.

—Será—respondí yo—. Ese acto de César es mi obra maestra.

En la caseta de las fieras, como siempre, con aire aburrido, estaba la domadora a la puerta, enseñando sus muslos gruesos de exagerada curva, sus altas botas de ante, su blusa del Far-West, su descote profundo en el que a pesar del desgarrón no se veía el comienzo de los senos.

Tenía en sus manos un látigo de ástil corto y larga tralla y en bandolera una cartera de cuero negro que todo lo echaba a perder.

Al vernos llegar con aire de no pasar adelante abrió esa cartera y nos ofreció fotografías de sí misma, con el gesto gitano que caracteriza estas razas húngaras, trashumantes, cuyo hábito es pedir con el más cínico descaro sin creer ni por asomo que eso denigra o desmerece de la más perfecta hermosura.

Herminia Dante era verdaderamente hermosa, de una belleza sin mancha, de agresiva y amplia majestad. Sus líneas, quintaesencia de la feminidad, tenían mucho de varonil, de masculinas sin que esa feminidad sufriera por ello, antes bien parecía que aumentaban la seducción de aquel cuerpo incomparable. Su arrogancia, la costumbre de subyugar las feroces alimañas, el orgullo de una sangre brava hinchando las venas, ponían en los gruesos labios rojos una sonrisa desdeñosa e irónica, un rictus despectivo y audaz.

—Para asistencia de un domador herido, nos dijo, ofreciendo sus retratos.

Era mentira. En todas las ferias ese era el pretexto para justificar la venta de su efigie; pero la mentira se la llevaba el diablo. Como los gitanos no sentía de rechazo en su fisonomía la hiel de la mentira ni su vergüenza. Mentía porque la iba muy bien en ello. Con la misma tranquilidad ponía su dedicatoria en la tarjeta; no había sino aumentar la cuota otros diez céntimos.

Yo miraba aquel látigo manchado de sangre negra seca. ¿Sería con aquel con el que acribillara el pobre cuerpo magro de César?

Ignacio, como buen español, comenzó a gastar bromas *carnales* con la domadora que después de vender su efigie le contestaba de mala gana. Pero al indicarla yo lo del clown, la noticia dada por el periódico sus ojos se animaron con un fuego salvaje. Nos dijo.

—No le matará *Coquelín* porque yo estaré allí; pero no le van a quedar ganas de entrar mas. Ya lo verán, ¿porque vendrán, eh?

—No debe entrar—dijo secamente Ignacio—sería un crimen.

—Es negocio, puro negocio. El público gusta mucho de que entren en la jaula los que no son domadores. Nos dá eso mucho cartel en los demás días.

La voz de Herminia era una voz acariciadora, pura, increíble en aquel cuerpo que había adquirido la suprema fortaleza física. Conforme hablaban, me estremecía de gozo. ¡Qué personaje para mi obra! Una vez cruzó entre los dos la sombra de Silvia vestida con el traje de pista y en mi imaginación comparé aquellas dos criaturas conocidas en la feria maldecida desde el balcón de mi casa con motivo de sus ruidos discordes que no me dejaban trabajar. ¿Cómo se encontraban aquí y solo aquí seres como éstos?

—Pero es definitivo lo de César?—preguntó Ignacio a la domadora.

—Mañana, mañana mismo. El lo quiere.

—¿Y el permiso?

—¿De quien?

—De la autoridad.

—¿Qué autoridad?... Si alguien ponía algún obstáculo ella iría...

Ella iría... ¡Cómo fué dicho eso!... Con qué seguridad decía ella que no sucedería nada yendo ella a hablar con la autoridad que lo impidiese. ¡Ignacio, que llevaba muchas frases que oponer no podía resistir ni la mirada ni las palabras de la domadora. Yo me contentaba con observarla, orgulloso de un modelo, seguro, bien seguro de que su solo recuerdo sería inagotable fuente de inspiración, de luz, de armonías...

***

No puso la autoridad ningún obstáculo pero el dueño del circo llamó a César y le preguntó por qué se exponía a una muerte horrible. El buen hombre creía que le habían contratado. César le contestó así:

—Eso que voy a hacer no se hace por dinero.

Y se excusó de dar mas explicaciones.

Después apareció, en un encerado de la puerta del circo, este letrero.

«El clown César no trabaja hoy en este circo por motivos extraordinarios. El clown César entrará en la jaula de los leones que exhibe la domadora Herminia Dante en esta misma feria.»

No vimos al clown César en todo el día, nadie nos daba cuenta de él. Ignacio y los amigos creían que se arrepentiría a tiempo. Yo estaba seguro de que no se arrepentiría. Para confirmarme en esa convicción no tenía si no verle de rodillas ante Herminia flagelado sin piedad como un perro.

La madre de Silvia nos dijo:

—César es capaz de entrar en la jaula de los leones. He conocido en esos lowns de circo almas excepcionales...

—Pero en resumidas cuentas, por qué entra ese hombre en la jaula de las fieras?

Y nada se podía contestar al que preguntaba eso. ¿Quién hubiera creído en el amor de César? El quería demostrar, pero a ella, a ella sola, que le sobraba valor para meterse entre los leones, para sacrificarse por ella. Herminia se había reído de esta proposición absurda. La aceptaron cuando el listo Clodoveo Corpo vió un negocio, un reclamo. Hasta en ello el clown César era siempre el clown de circo. Arriesgaba su vida sirviendo de reclamo.

En vano los buenos compañeros del circo quisieron disuadirle. Fingiendo, lo tomaba a broma. Les llegó a decir que esos leones de Herminia estaban narcotizados, que él sabía les inyectaban morfina...

***

Aquella tarde, a las cinco, sobre una mesa de mugrientos maderos colocada ante las jaulas pequeñas de los leones, estaban los trozos descuartizados de un caballo. En unos platos de porcelana había sangre y cerca de ellos unos enormes cuchillos. Los criados de Herminia con largas barras de hierro calmaban la furia de las fieras que oliendo su comida saltaban impacientes, hermosos en su inquietud, rugiendo poderosos y evocadores.

Y evocadores... Sólo cuando olían los trozos sangrientos de carne aquellos felinos encarcelados recobraban la salvaje poesía de su raza. Sus patas monstruosas en nerviosa tensión pisaban reciamente acusando fibras fortísimas, la curva de sus lomos se pronunciaba más, el ronquido angustioso de sus fauces ladraba y sollozaba al mismo tiempo. Era ese rugido como un ahogo hondo que se convertía en ronquidos pavorosos, en aullidos secos cortados por espasmos.

Los criados echaron a las fieras su ración. Los brazos desnudos de los bestiarios cubiertos de vello apelmazado por los coágulos de la sangre de la víctima, arrojaban su porción a las leonas. Como a veces no acertaban a introducirle entre las barras de hierro, se acercaban y lentamente empujaban la carne entre las garras mismas de las fieras.

Coquelin, el león enorme destinado a César, rugía desesperadamente. Todas las tardes era servido él antes que los otros.

Y aquella tarde no le dieron de comer.

***

El olor de la carne y el hedor de las jaulas quedó en mi cerebro como un centro generador de inspiración. Yo sentía que esos olores hediondos, penetrantes, se convertirían en notas de pasión que cantaran el sacrificio del clown.

Subí a mi casa para oir desde ella el rugido de *Coquelin*.

La pobre sirvienta me dijo que en el estudio esperaba César. En efecto, César estaba allí, inmóvil, oyendo el rugido de los leones, esperando la hora.

—¿No nota nada en mí?—me preguntó César.

Yo miré su rostro. Estaba pálido, sereno, interesante y noble como de costumbre.

—No, nada noto de nuevo.

—¿Ni en el traje?.. .

Ah, se había puesto de frac, un frac nuevo, impecable, elegantísimo. Allí sobre una silla estaba el sombrero de copa, los guantes blancos, el clavel rojo que deseaba colocarse en el ojal al entrar en la jaula.

Nada hablamos más.

Sentados cerca el uno del otro escuchábamos el rugido de *Coquelín.*

Quiso oir el piano y como me negase insistió vehemente y nervioso. Debía nacerle ese favor, no podía negarle ese favor...

Y en la calma de la caída de la tarde atravesada a intervalos por los rugidos del león hambriento, como girones borrosos de melodía que caen uno a uno hasta llegar a la tónica, toqué el final de la marcha fúnebre de la heróica bethoveniana hasta extinguirla en su calderón pianísimo...

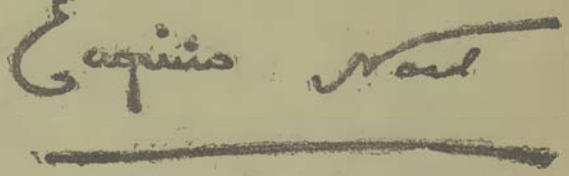
***

El león no mató a César.

***

Silvia se fué. Un día no la vi más. No sé donde está; nada se ya de César. Pero la obra que inspiraron plasmada en notas, pasional, cómo yo la soñé, está cerca de mí. Ellos me la trajeron, un día de feria, cualquier día...

—«Y un día, en cualquier parte, tuve yo a mi hija...»



Prohibida la reproducción.

Le interesa, señora: Una cabellera abundante y con su primitivo color es la mejor diadema que puede lucir la mujer. Usando el agua La Flor de Oro, tendréis esa cabellera y evitaréis su caída, así como la caspa y las canas.—Se vende en perfumerías y droguerías.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

NICOLÁS MARÍA RIVERO, 11 -- MADRID

La Novela TEATRAL

publicará mañana, domingo,
:: la zarzuela en un acto ::

LA RABALERA

original de

MIGUEL ECHEGARAY **DIEZ CÉNTIMOS**

OBRAS PUBLICADAS

Trata de blancas.-La sobrina del cura.-El Místico.-Los semidioses.-Las Cacatúas.-El Lobo.-Charito, la Samaritana.-El verdugo de Sevilla.- Todos somos unos.-El rey Galaor.-La casa de Quirós.-Fúcar XXI.- El rio de oro.- Sobrevivirse.-Alma de Dios.-El Cardenal.- El pobre Valbuena.- El hombre que asesinó.-Las Estrellas.-Doloretes.-La señorita de Trevelez.-Serafina la Rubiales. -Aben Humeya.-El señor Feudal.-La eterna victima.- Jimmy Samson.- Lopez de Coria.-La Gioconda.-Primavera en otoño.-El crimen de ayer.- El misterio del cuarto amarillo.-Francfort.- La Rebotica.- La frescura de Lafuente.- Primerose.-Ciencias exactas.-Doña María de Padilla.- Raffles.- La Praviana.- El gran Tacaño.-Mirandolina.-Genio y figura.-La gentuza.-La viejecita.- Parada y fonda.-La alegria de la Huerta.-Petit-Café.-Los Noveleros.-Electra.-Tiquis Miquis.-El último Bravo.- La marcha de Cádiz.- Doña Perfecta.- La Tizona.- Miquette y su mamá.- Los cuatro Robinsones.- Los gemelos.- La loca de la casa.-Gigantes y cabezudos.-Daniel.-El chico del cafetín.-Realidad.- La sala de armas.-Pastor y Borrego.-La leona de Castilla.-Doña Clarines.- La Noche de Reyes.-Los cadetes de la Reina.- Amor de artistas.- El terrible Pérez.- El Patio,-La Tempranica.-Trampa y cartón.-La Corte de Faraón.- La escondida senda.-El duo de la Africana.-El fresco de Goya.-El niño judío.- La manta zamorana.-Pedro Jiménez.- La de San Quintín.- El método Górritz.- El noveno mandamiento.-La balsa de aceite.-La Tempestad.-El cuarteto Pons.-El niño prodigio.-La Generala.-La Marsellesa.

El filósofo ilumina al hombre con la luz de la verdad

La lámpara

OSRAM

ilumina al hombre

con la verdad de la luz.

CONCESIONARIO MARIANA PINEDA 5

LEON ORNSTEIN MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de ¡La Novela¡ Corta,¡ La Novela Teatral y Frinó Antonio ¡Palomino, núm. 1, ¡y Calvo¡ Asensio, núm. 3.—MADRID